

RODRÍGUEZ VALLS, F.; DIOSDADO, C.; ARANA, J. (EDS.):
Asalto a lo mental. Neurociencias, consciencia y
libertad. Madrid: Biblioteca Nueva, 2011, 238 pp.
ISBN: 9788499402468

Jaime Vilarroig Martín
Universidad CEU Cardenal Herrera, Castellón (España)

Este libro recoge las distintas aportaciones que se vienen realizando en el seminario permanente sobre Naturaleza y Libertad de la Universidad de Sevilla. Muchos de estos trabajos presuponen (sólo en cierto sentido) trabajos anteriores de los mismos autores. Su lectura puede cubrir dos propósitos: Constituye una magnífica introducción a las cuestiones más debatidas actualmente en el diálogo entre las neurociencias y la filosofía; por otro lado, cada trabajo es una breve monografía de un tema particular: se abordan autores habituales en estas temáticas (Penrose, Metzinger, Damasio, Searle, Dennett) y problemáticas concretas (máquinas conscientes, plasticidad cerebral, límites de la Inteligencia Artificial, materialismo y fatalismo, interpretación de la acción, emociones, consciencia y libertad, consciencia y física cuántica). Quizá hubiera sido de agradecer una tentativa de clasificación de los textos o secuencia entre los mismos, en lugar de reunirlos sin ordenar.

El trabajo de Juan Arana, criticando las teorías materialistas de la consciencia, es uno de los más lúcidos de todo el recopilatorio. Muestra cómo el materialismo (como su contrario) es un apriorismo al atribuirle a la materia capacidad de pensar sin explicar el cómo. Se detiene especialmente en la metáfora de la máquina para explicar la mente, que no pasa de ser eso: una metáfora que no explica; muy lúcida la distinción entre metáforas que nos permiten imaginar (donde se incluiría a la mente considerada como máquina), y conceptos que explican realmente algo. Además, logra la rara cualidad de unir el desenfado (p.e., a propósito de la explicación de la consciencia desde la física cuántica dice que «aquí uno puede topar con toneladas de basura epistémica») con la seriedad académica (p.e., expresada en el largo elenco de autores desde y con los que discute). En los Addenda va más allá de la mera crítica, y se dedica a elaborar algo así como un posicionamiento propio sobre estos problemas, en los que se define como un dualista, con muchos matices y todas las limitaciones del planteamiento que no pretende ocultar.

Concepción Diosdado nos ofrece una reflexión en la que por un lado tiene en cuenta la plasticidad cerebral, su moldeabilidad y capacidad para el aprendizaje, y por otro la constatación de que esto confirma en cierto modo que el hombre sea un ser inacabado, siempre a la búsqueda del sentido. A propósito de esto se sirve de las reflexiones de M. Scheler o V. Frankl, como autores que han pensado a fondo el problema de los valores y el sentido de la vida; y por último habla de la

neurofilosofía como un posible nexo entre estos temas. El trabajo, siendo interesante, adolece de cierta falta de coherencia entre sus partes.

Luciano Esponisa habla de conciencia y libertad como praxis evolutiva. Para ello habla de la hominización, siguiendo autores como S. J. Gould o E. Morin. Presenta nuevamente los datos que tenemos a disposición, mostrando cómo no hay novedades absolutas en la evolución. A continuación cartografía el cerebro de la mano de Damasio. Por último, propone entender el cerebro no aisladamente de los sistemas (inferiores o superiores) que lo conforman o de los cuales forma parte; así no habría que reunir dos ámbitos separados (mente y cerebro) sino «ver los dos planos de una realidad que nunca se quebró a partir del desarrollo evolutivo de la autoconciencia por procesos emergentes».

Karim Gherab-Martin expone con maestría la relación entre determinismo y libertad en la filosofía de R. Penrose. Para ello, nos descubre los trabajos de Penrose sobre las teselaciones y las aplicaciones que esto ha tenido en el campo de la biología, la capacidad de organización de la materia, etc. A pesar de ser uno de los trabajos más breves, el volumen de cultura científica que se requiere para acceder a él no es poco.

José Luis González Quirós, en un artículo tan breve como el anterior pero más accesible al filósofo no matemático, nos propone algo de la síntesis personal que ha ido alcanzando a lo largo de los años, después de un prolongado trato con estos problemas. Nos recuerda que si aún no hemos replicado eficientemente codos o rodillas, ¿cómo vamos a esperar en serio, de momento, que repliquemos cerebros? A propósito de la mente, se detiene en la característica de que siempre es la mente de una primera persona: así que aun en el hipotético caso de que una máquina pensara, no podríamos decir que tiene una mente (véase la lúcida discusión de las posibilidades en la página 93). El límite a la neurociencia es que por más que se avance en la cartografía del cerebro, nunca se estará en condiciones de describir fenómenos mentales por tratarse de elementos distintos.

Martín López Corredoira hace una exposición del fatalismo, desde Freud a nuestra época tan neurocientífica. Nos recuerda cómo el modelo de Freud era plenamente mecanicista, y por tanto fatalista. Luego hay otros fatalismos, tales como el conductismo de Skinner, el computacionalismo, etc. La neurociencia sería también fatalista. Como muestra de esto (y es una de las secciones más interesantes) nos presenta algunos de los experimentos clásicos que parecen confirmar esto; y sentencia que «la visión fatalista encaja sin duda con todas las evidencias»; y por tanto habría que abandonar nociones como las de mente o conciencia.

José Ignacio Murillo expone la propuesta de Tomas Metzinger, muy ambiciosa por intentar una teoría comprensiva de la mente. Para ello analiza la experiencia de ser un yo, con sus rasgos son la miidad (propiedad de atribuir a algunos el ser nuestros), de yoidad (la centralidad del yo) y perspectividad (el cambio de perspectiva que supone una invarianza en el yo). Los niveles de análisis en los que se centra son el fenoménico, el representacional y el funcional. Para explicar el yo recurre a la teoría del automodelo. Pero con esto llega a la tesis de

que «somos nadie» (nemocentrismo epistemológico). La crítica de Murillo a este planteamiento se centra en la confusión entre conocimiento y representación.

Ricardo Parellada intenta abordar los problemas entre el cerebro y la mente desde una perspectiva que si no es original, al menos no está tan trillada como alguna de las anteriores: para describir adecuadamente una acción humana hemos de salir necesariamente del nivel neurológico y saltar al de la libertad y las intenciones conscientes. La interpretación de una acción pasa por la enumeración de sus circunstancias, y los fines de la obra y del que la ejecuta (supuestamente los autores clásicos no distinguen fines de motivos; pero no hemos encontrado una distinción clara en Parellada de estos dos conceptos que él da por supuesta en el lector). El hecho de que no haya una única interpretación posible de la acción sería un dato más a tener en cuenta a la hora de marcar la imposibilidad de hacer una descripción unívoca de la acción en términos de la mera neurociencia; la última parte del trabajo es brillante, por el análisis de los ejemplos que propone de interpretación de la acción.

Marcelino Rodríguez Donís presenta la crítica de Damasio al dualismo cartesiano. Primer lo relaciona con la filosofía de Spinoza (a la que le propio Damasio se remite con frecuencia). Nos recuerda la posible influencia de Gómez Pereira y su Antoniana Margarita en las ideas mecanicistas de Descartes; y hace una revisión del dualismo platónico o aristotélico. Tras hacer una alusión al monismo de Pomponazzi, retoma a Gómez Pereira y su dualismo, como precedentes de Descartes, con el que concluye. Aunque el trabajo abunda en referencias históricas, en realidad tiene que ver con el título sólo en parte, puesto que la referencia a Damasio, sin estar fuera de lugar, parece más bien accidental.

El trabajo de Francisco Rodríguez Valls está especialmente centrado en las emociones. Primero nos presenta el trabajo pionero de Darwin sobre la expresión de las emociones en el mundo animal en general, y su función en orden a la supervivencia. Pasa a hablarnos de la neurobiología de la emoción, a propósito de los casos conocidos de Gage o Elliot, que tanto dieron qué pensar a Damasio. A propósito de este último, las emociones serían necesarias a la hora de evaluar cursos de acción y obrar razonable. Pero estas emociones no hay que entenderlas como efectores ciegos de la acción, sino integrados dentro de la vida libre del ser humano, educable y con capacidad de modelar su forma de vida; sólo así la emoción se convierte en algo genuinamente humano (hábito emocional).

Francisco Soler Gil intenta elucidar la relación entre consciencia y libertad. La cuestión parece pertinente: si los animales ya actúan acertadamente, ¿para qué nos sirve la consciencia? ¿qué aporta? Comenta las posturas de Charmlmes o Searle, que consideran a la consciencia como un capricho de la naturaleza. Si el cerebro ya hace las cosas, y podríamos hacer un mapeado perfecto del mismo mientras está actuando, ¿para qué repetir la descripción de los mismos hechos pero en el plano mental? ¿Para qué ese derroche de energía en la naturaleza? La pregunta no encuentra respuesta clara en el trabajo, y la conclusión («la consciencia existe, entre otras cosas, al menos para determinar las acciones libres») deja al lector con la sensación de no haber

entendido algo del planteamiento general del trabajo: o el verdadero meollo estaba en trabajos anteriores del autor o vendrá en trabajos posteriores.

Pedro Jesús Teruel nos presenta un sugestivo diálogo, al más puro estilo de Galileo en los *Diálogos sobre los dos máximos sistemas del mundo*. Aunque tiene suficiencia interna, presupone en cierto modo dos diálogos previos, en los que los dialogantes siempre son Simplicio, Punsetio y Sagredo (quién pueda ser este último se nos escapa). En este nos presenta la unidad de la experiencia consciente en relación con la coherencia cuántica. Comienza de un modo muy interesante hablando de las condiciones de posibilidad de la consciencia, en la línea de Kant. Pero a continuación el diálogo comienza con cuestiones más serias de física cuántica, que se escapan al no iniciado. Al final, afirma Punsetio que «el papel del observador resulta fundamental, puesto que produce el colapso de la función de onda que termina con el estado de superposición cuántica y permite la emergencia de un mundo material en cuanto tal». Pero claro, si el observador cumple la función de colapsar la función de onda que permite emerger el mundo material, del cual el propio observador forma parte, da la sensación de que estamos girando en círculo. El artículo, por lo demás, tiene el acierto de unir la seriedad académica con la forma dialogada de la exposición, que siempre es de agradecer.

Héctor Velázquez expone las ideas de Searle a propósito del problema mente-cuerpo. Searle parte de la conciencia como un dato más que de la experiencia que hay que tomar en cuenta. Su postura sería que «los cerebros causan mente y que lo mental es sólo cerebral». Pero esto parece compadecerse mal con lo que afirma luego: «el mundo corpóreo es de la causación física; el de la acción el de la causación intencional», o aquello de que «para Searle las acciones humanas constan de estados mentales y componentes físicos». Desconocemos si esta ambigüedad que afecta a todo el trabajo es del autor del mismo, o del propio Searle. Quizá cabría también atribuirle al problema mismo de la dualidad mente-cerebro, lo cual constituiría para un reduccionista una buena prueba de que estamos ante un pseudoproblema.

José Domingo Vilaplana nos presenta el enfoque naturalista de Dennett, en un bien documentado y extenso trabajo (sorprende ver algún párrafo de casi dos páginas de longitud, que desmerecen en uno de los textos más solventes de todo el volumen). Presenta la postura reduccionista de Dennett, para quien somos «miles y miles de millones de células de miles de tipos diferentes». Desde este punto de partida materialista, el cerebro y mente son la misma cosa; por ello, para él la perspectiva de la tercera persona en orden a describir aquello que llamamos mente es posible (en contra del planteamiento contrario, ya apuntado aquí mismo por otros autores como González Quierós). El materialismo de Dennett hace que el yo también sucumba, consecuentemente, reducido a circuitos cerebrales. Sin embargo, Dennett habla poco de la conciencia, puesto que hablar de ella sería en cierto modo aceptar su existencia (p. 219). Acaba todo ello con un replanteamiento del problema de la libertad.